

TOM Z
STONE
J.E. ÁLAMO

DOLMEN
EDITORIAL

***“Dios me odia tanto como yo a
él, y así nos va bien a los dos.”***

**Thomas Z. Stone
1963-2012**

Historias del día FR (I)

Testimonios

(Informe redactado por T. Tamarit y Vic. sobre el encuentro mantenido con el padre José María Villar, párroco de Nuestra Señora de la Virgen de la Esperanza de Getafe, Madrid)

Fotos de Fernando Martínez.

- Y dígame, padre, ¿qué fue lo que ocurrió?
- Estábamos celebrando la misa por el alma de la difunta, cuando la mujer se incorporó en el féretro. Nos miró a todos y luego le preguntó a su pobre marido si esa era su idea de una fiesta sorpresa.
- Era una reanimada, claro.
- Sí, eso lo sabemos ahora, pero ese día todos los presentes sufrimos una fuerte impresión.
- ¿Cómo está el marido?
- Recuperándose de un infarto. El hombre se lo tomó bastante mal.
- Comprendo. ¿Qué fue de la mujer?
- Enterrada, ya le digo que el marido se lo tomó bastante mal y le arreó con un reclinatorio en la cabeza. Cayó fulminada. Luego se desplomó él también; un infarto, como le dije antes.
- ¡Joder! Perdón, padre... ¿Hubo juicio?
- Sí, pero el caso fue sobreseído; su abogado adujo que la mujer ya estaba muerta y que, por lo tanto, no se podía acusar a na-

die de crimen alguno. Eso por no mencionar el tema emocional, me refiero a ver cómo un muerto se incorpora en su ataúd... El juez le dio la razón y no han vuelto sobre el tema. Ya sabe, nadie quiere hurgar demasiado en cuestiones de los Días del Olvido...

“Ahora es distinto, han cambiado las leyes y vamos recuperando la normalidad... Más o menos.”

—¿El tipo se libró? No puedo creerlo.

—Sí, bueno... Hay que ser comprensivos y la verdad es que esa mujer... esa mujer era... En fin, que descanse en paz que es justo lo que ha dejado por aquí.

—Ya. ¿Algo más, padre?

—No, eso es todo. Espero que averigüen qué provocó el Fenómeno Reanimación. Vaya con Dios.

—Gracias, padre, le deseo lo mismo.

Prólogo II

Mi nombre es Thomas Z. Stone, soy natural de Cardiff, capital de Gales, Reino Unido. Ahora vivo — y no es una ironía — en una ciudad de la costa mediterránea española. Trabajo como investigador privado y colaboro ocasionalmente con las fuerzas del orden. Me gusta el café, no le hago ascos al tabaco y suelo pegar algún que otro trago. Vivo en un piso antiguo, bien construido, en un vecindario que, antes de ser absorbido por la ciudad, era un pueblo y todavía conserva ese aire familiar en el que todos se conocen entre sí. Hay un gato conmigo que no tiene nombre, al menos no uno que le haya puesto yo. Le llamo Gato y, bien pensado, eso quizás sea un nombre.

Nací el ocho de diciembre de un invierno cabrón de los sesenta. Pasé la infancia envuelto en los acordes de la música que amaban mis padres: The Shadows, Leonard Cohen, Bob Dylan, Hank Williams, Jerry Lee Lewis, Aretha Franklin... Yo personalmente tampoco le hacía ascos a los Stones, cosa que mis padres respetaban aunque con el ceño fruncido. Los hippies y el *flower power* inundaban la prensa y se respiraba un clima de renovación, de cambio a mejor.

Cuando falleció mi padre, yo tenía doce años. Mi madre le lloró durante un par de años y luego se volvió a casar. El tipo se llamaba Alfredo, era argentino y vivía en España. Viajaba mucho por temas de negocios y, entre otras actividades, comerciaba con acero. Gracias a eso, aterrizó en Cardiff donde conoció a mi madre que trabajaba para la Steele Corporation.

Alfredo no era un mal tipo, no intentó que olvidara a mi padre ni tonterías por el estilo, y al final nos toleramos como dos perros obligados a vivir juntos. Aún vivimos un año más en Cardiff, pero, después de hablarlo en familia, decidimos venirnos a vivir a España y no nos fue mal. Yo tuve una adolescencia normal con mis rebeldías, acné, amores secretos y revistas porno. Para entonces los hippies habían ahogado en drogas y desorganización todo el movimiento, los Shadow se habían separado y Queen y Dire Straits concentraban mis gustos musicales.

Con el tiempo, mi madre y Alfredo decidieron irse a vivir a Buenos Aires, pero yo me quedé en Valencia. Me he preguntado muchas veces cuáles serían mis motivos, no es que hubiera echado raíces, ni mucho menos. Pero me quedé y ya solo veía a mi madre y Alfredo de tanto en cuanto.

Desde el FR, no los he vuelto a ver. Apenas un par de llamadas, la primera para ver si era cierto (¿has vuelto?), y la segunda para anunciarme la muerte de mamá (no hubo FR para ella) y arreglar la herencia (sí, tengo pasta para no pegar ni palo al agua). Fueron llamadas distorsionadas por la distancia, el dolor y... otras cosas.

Comencé a ir a la facultad el año en que ellos se marcharon a Argentina, ya entonces me pasaban una buena paga, así que el dinero no fue nunca un problema. Conseguí la licenciatura de derecho en siete cursos (las fiestas de facultad se llevaron dos años como por arte de magia), saqué una oposición en tan solo año (comenzaba a asentar la cabeza) y me puse a trabajar en los juzgados como tramitador procesal. Más adelante, el tiempo comenzó a volar; me casé con una buena chica que trabajaba de enfermera para un dentista y tuve dos hijos. Viajé, me compré un apartamento en la playa y un coche grande y otro pequeño y una moto que vendí enseguida y una *mountain bike* y otra bici de carreras y me hice socio de un gimnasio e intenté escribir un libro, componer canciones y... Y en un momento dado, me di cuenta de que mi vida era tan aburrida que cada vez me motivaban más las copas que tomaba a la salida del trabajo y que, aun

así, me estaba muriendo de asco. Decidí hacer algo al respecto, así que me senté conmigo mismo, deduje que estaba con la crisis de los cuarenta y muchos y concluí que quería hacer cosas nuevas y, de paso, dejar la bebida y el tabaco. El problema es que antes de tener ocasión de cambiar algo, cometí una estupidez: sufrí un ataque al corazón y fallecí.

Eso ocurrió el verano del año 2012. Volví con el FR. Tuve una segunda oportunidad. La ocasión de hacer cosas nuevas, diferentes. Pero ni he dejado de fumar ni de beber. Yo no pedí esa oportunidad. No estoy seguro de quererla.

De compras

Martes

*Zeta, zombi, o **reanimado** para los políticamente correctos. Desde la Declaración de la Condición Humana de los Reanimados somos ciudadanos como cualquier otro. El problema es que para muchos no dejamos de ser unos muertos vivientes, con derechos, pero muertos.*

***Desgastados** o terminales para los políticamente correctos; son reanimados con las facultades mentales tan mermadas que solo conservan los más primigenios instintos de supervivencia. Comen carne, sobre todo entrañas de seres humanos... y los prefieren vivos.*

***Borrego/a:** término políticamente incorrecto con el que los reanimados nos referimos a la gente.*

La borrega comía de una bolsa grande de patatas fritas mientras apretaba el teléfono contra la oreja. Era joven y bastante tierna, quizá demasiado porque exhibía unas formas redondeadas de esas que con el tiempo se transforman en hermosos depósitos de grasa. Se le adivinaban sin problemas las exuberancias bajo el delantal que vestía. Vamos, que tiraba más bien a blandita. Sé de tipos que se ponen a cien con esa clase de curvas decadentes, por el contrario, a mí me gustan más firmes y, si tienen algo de carne, que sea tersa. Para poder agarrarme sin caerme, pero que no se me hundan las manos, si sabes lo que quiero decir.

Cuando entré en la tienda, saludé con un “qué hay” de lo más educado, pero ella se limitó a darme la espalda para seguir engullendo patatas fritas y parloteando con quien estuviera al otro lado del aparato como si nada. Yo no existía. Acabaría por atenderme si me quedaba ahí plantado tranquilamente, pero lo haría a su debido tiempo. Y mientras, lo dicho: yo no existía. O sea que era cuestión de paciencia. Lo malo es que me jode que me ignoren, apenas un poco, pero me jode. Y en lo que a la paciencia se refiere... Supongo que tiempo atrás habría tomado aire y contado hasta diez, pero ahora solo tomo aire cuando me apetece y en esos instantes no me apetecía para nada. Mis apetitos eran algo distintos.

—Oye —le dije, procurando no ser demasiado brusco—. Tengo algo de prisa, nenita, así que mueve el culo y atiéndeme, ¿vale? —Arrastré las palabras intentando controlarme. No la impresioné lo más mínimo, me hizo un gesto vago con una mano repleta de anillos baratos y siguió a lo suyo. Eché un vistazo a mi alrededor, era tarde ya y la tienda estaba vacía. Tampoco se veía a nadie en la calle, era la hora de cenar y la gente bien se refugiaba en casa, así que alargué el brazo por encima del mostrador y cogí a la borrega charlatana del hombro.

—Ten-go-pri-sa, guapa —silabeé—. Haz el puto favor de atenderme.

Entonces sentí un chasquido en la mandíbula. Recé para que no se me hubiera agarrotado, no hubiera sido la primera vez. La moví con cuidado como si estuviera rumiando. Un nuevo chasquido y todo volvió a su sitio. Solté un suspiro de alivio, no era agradable acudir a que te la recolocaran.

Mientras tanto, la borrega había empezado a chillarme.

—¡¡Vete a la mierda, capullo!! ¡¡¡Si me vuelves a tocar te arran-
co los ojos!!! ¡CABRÓN! ¡JOPUTA! ¡COMEMIERDA!

Admito que su estallido me sorprendió un poco, no esperaba tanta agresividad. Pero reaccioné enseguida y, para estar a su altura, me pillé un pequeño ataque de mala hostia, rodeé el mostrador, cogí el auricular del teléfono que la borrega enarbo-

laba a modo de porra y lo estrellé contra el suelo. Aparté de un manotazo la bolsa de patatas que ella sujetaba como si fuera un bebé y la tomé de la pechera. ¡Menudo par de tetas! Y me quedé quietecito y con mi jeta a dos pestañas de la suya. Aguanté un rato para que me diera un buen vistazo... Ojos de pez, así nos distinguen. Ojos de pez muerto.

— Dame un par de kilos de hígado, borrega — dije lentamente—. De cerdo, y que esté fresco. Dámelo y me largo. Pero date prisa, que tengo hambre.

Ahora sí que me prestaba atención. Temblando como una gota de sangre a punto de precipitarse al suelo, me sirvió el hígado. No se molestó en pesarlo, solo quería que me marchara. Tomé la víscera con cuidado y la olisqueé con satisfacción: era fresco. Saqué un par de billetes que dejé sobre el mostrador.

— Ahí tienes, nenita. Quédate el cambio y te apuntas a un cursillo de urbanidad, que conozco hienas con mejores modales que los tuyos — solté con una risita seca.

No contestó. Tenía los ojos tan abiertos que se le veían hasta las bragas y por el temblor de sus labios, sabía que estaba a punto de llorar o chillar o probablemente todo a la vez. Decidí que lo mejor era no quedarme a ver qué hacía y abandoné la tienda a toda prisa. Los únicos líos que me gustan son los que monto yo.

Ya estaba abriendo la puerta de mi coche cuando la oí berrear como si le hubieran robado el almuerzo. No me entretuve; arranqué y, pisando a fondo, me largué con un chirriar de gomas.

Cuando acudieran otros borregos atraídos por el jaleo que estaba montando la tipa, no tenía dudas de qué bando se iban a poner. La dulce y voluptuosa nenita llorando a moco tendido de un lado y al otro, el malvado zeta con un trozo de hígado crudo en la mano. A muchos borregos les encanta patear a un zeta en cuanto tienen ocasión. Es divertido y, a fin de cuentas, ¿qué es lo peor que le pueden hacer? ¿Matarlo?

La tienda era apenas un destello de luz en el retrovisor cuando levanté el pie del acelerador. Abrí las ventanillas para que

entrara el aire, el verano estaba haciéndose notar y los días eran densos como natillas en un horno. La llegada de la noche mejoraba la situación, aunque tampoco demasiado. Me encendí un *Camel*. Le di alguna calada ocasional, por pasar el rato más que nada, y distraerme del hígado hasta llegar a casa. Tenía hambre, pero si me liaba a mordiscos dentro del coche y me pillaban...

Cuando como vísceras, y eso es algo que a todo reanimado le apetece cada cierto tiempo, lo hago en privado, para evitar que me tomen por un *desgastado*... O que puedan decir que me confundieron con uno, después de volarme la cabeza. Un zeta menos es un zeta menos. No se suelen hacer demasiadas preguntas.

Llegué a mi calle sin percances y nada más entrar en casa, me lié con el hígado. Joder, qué bueno estaba. Bueno de verdad. Luego me fumé un par de pitillos antes de tumbarme un rato y me dio el bajón.

Una vez calmada el ansia de vísceras que me asalta al menos una vez al mes, sentí asco de mí mismo. Asco por no ser capaz de controlar ese deseo y porque ceder era la antesala a la degradación a la que me veía abocado. Cerré los ojos e intenté no pensar en nada.

Es una putada que no podamos dormir. Sí que necesito descansar, a fin de cuentas mi cuerpo consume energía y necesita reponerse. Pero no duermo, no puedo, y lo echo de menos.

Encendí la radio y sintonicé el programa *Melodías hasta el Amanecer*. Luego me casqué mi habitual media botella de bourbon y me tumbé. Dormir no dormiré, pero un buen colocón siempre ayuda a relajarse.

Di un par de vueltas pensando en lo que había ocurrido y deseando que al día siguiente me saliera algún trabajito. Era miércoles, los miércoles son siempre un buen día para el despacho. Ignoro el motivo, pero es así y esperaba que esa semana no fuera a ser una excepción. La inactividad me puede, acabará

matándome, je, y si no lo consigue, lo hará mi patético sentido del humor.

Mañana será otro día, me dije al final y después de meditarlo un par de segundos, vacié la botella. Luego me resultó más sencillo no pensar en nada.

Gato

Miércoles

El 7 de agosto de 2012 me desollé las manos golpeando la puerta metálica de mi encierro. Tenía los sentidos repletos de arena, un pánico oscuro y atávico me acunaba con ferocidad y, cuando descubrí que ya no podía llorar, pensé que estaba en el Infierno y maldije a Dios por ello.

Abrí los ojos con una profunda sensación de malestar. Supuse que el bourbon tenía mucho que ver porque la cabeza me zumbaba como una mierda fresca rodeada de moscas. Además, sentía un extraño peso en el pecho. Pensé que sería debido a la ansiedad, a fin de cuentas ser un zeta no es ninguna ganga. Pero no, de ansiedad nada, era el puto gato. Le pegué cuatro gritos para que se largara y lo hizo... hasta el rincón del cuarto desde el que me observó mientras se lamía una pata.

Estaré aquí, me decía su mirada verde, estaré aquí cuando te conviertas en un desgastado y entonces... Se relamió, marchándose luego con toda la dignidad de la que es capaz un gato, que es mucha.

Suspiré entre fastidiado y resignado. Los gatos son los únicos que soportan estar con un zeta. El resto de animales de compañía o se vuelven locos intentando huir o, si tienen el tamaño adecuado, ponen todo su empeño en despedazarnos.

Pero hay quien dice que en realidad a los gatos no es que les

guste nuestra compañía sino que se limitan a vigilar su alimento, que a fin de cuentas los zetas nos quedamos tiesos de un día para otro y entonces...

Bueno, no es del todo cierto. Lo de cascarla así como así, quiero decir. Antes contamos con ese maravilloso periodo en el que perdemos la chaveta. Vamos, que todos los reanimados estamos condenados a convertirnos en unos desgastados que gimen, deambulan como idiotas de un lado a otro y solo tienen un objetivo: conseguir comida; y la mejor son las vísceras del interior de un cuerpo vivo. Si es el de un ser humano, mejor.

La transformación de reanimado en terminal, una vez iniciado el proceso, es rápida, bastante rápida. A partir de la aparición de los primeros síntomas y dependiendo de la resistencia del individuo, puede ser cuestión de horas, minutos o, incluso, segundos.

Recuerdo a un tipo que conocí en un bar, al darnos cuenta de que los dos éramos zetas, nos pusimos a hablar de esto, de aquello y de lo de más allá. Al momento, se calló, dejó caer al suelo el vaso que estaba a medio camino de su boca y comenzó a echar una densa y apestosa baba que se desparramó por su mentón. Después, se abalanzó sobre un borrego que pasaba por su lado con un par de cervezas en las manos. Llegó a arrancarle una oreja, pero en cuanto los demás borregos se dieron cuenta de lo que ocurría... Bueno, ya lo he dicho antes, a todos les gusta patear a un zeta. Yo aproveché el jaleo para marcharme antes de que cayeran en la cuenta de que el *muerde orejas* estaba conmigo. No hubieran desperdiciado la posibilidad de pulirse dos al precio de uno.

Una manera jodida de perder la cabeza esto del desgaste. Da escalofríos, si pudiéramos tener escalofríos, claro está.

La cuestión es que, si te ocurre en casa, como en ese estado no somos ni capaces de abrir una puerta, muchas veces acabamos fiambre sin que nadie se percate. Entonces el gato tiene comida para varios días. Eso cuentan al menos, y también que les encan-

ta nuestro sabor. Quizá solo sean rumores. Yo por si acaso no le he puesto un nombre de esos que se les ponen a los gatos como Calcetines, Bigotitos o Cascabel. Le llamo Gato o Cabrón, dependiendo de mi humor, y ya está. Me pregunto si él me llamará a mí Comida o Pringao.

Mandé al gato al carajo y decidí que ya estaba bien de tonterías. Me levanté con decisión y un estallido de articulaciones espectacular. Iría al despacho y con suerte, quizás tuviera algún caso esperándome. Ojalá fuera así. Necesitaba la distracción.

Caso Cero

Los zetas no sufrimos los ataques de los desgastados. Supongo que tiene algo que ver con el hecho de que al haber estado muertos, no tenemos el mismo sabor que los vivos. Y si no es eso, quizás es que lo hagan simplemente por solidaridad. Y si tampoco es eso, la verdad es que me importa bastante poco.

El Caso Cero del FR se determinó oficialmente dos meses después de la Asamblea General de Naciones Unidas del 22 de agosto del año 2012. Esos dos meses fueron los que precisaron los gobiernos de todo el mundo para conseguir que en el mundo imperara un clima de normalidad... Dentro de lo que cabe.

—La Declaración de la Condición Humana de los Reanimados en la Asamblea de las Naciones Unidas de este 22 de agosto, marcará la frontera entre la barbarie y el retorno de la civilización —declaró Lucille S. Diamond, Secretaria General de la ONU, en su discurso de clausura de la Asamblea General de la ONU—. A partir de esta fecha, todos acogeremos un futuro pleno de esperanza en la más increíble etapa de su historia que acaba de comenzar la humanidad.

Pecó un poco de optimista, la verdad. Pero al menos hubo buenas intenciones y se alcanzaron algunos avances en nuestro beneficio. Ya no era lícito cargarse a un zeta, perdón, un reanimado, por el simple hecho de serlo. Para empezar, se admitió que éramos seres vivos. Y ese fue un gran paso porque,

¿de qué se acusaba a un tipo que admitía haber acabado con uno, dos o veinte reanimados? ¿De asesinato?

—Señoría, los presuntos asesinados ya estaban muertos, así que mi pregunta es: ¿de qué se acusa a mi defendido? ¿De golpear a un cadáver?

¡Ja, ja, ja! ¡La de chistes que se hicieron a raíz de eso! Los borregos, perdón, seamos correctos, la gente se lo pasó en grande a nuestra costa.

El caso es que al otorgarnos la condición de seres humanos a los reanimados, estábamos amparados por las mismas leyes que protegían al resto de la humanidad.

(Sí, es verdad que hoy en día aún es divertido patear el culo a un zeta, pero te pueden arrestar y juzgar por eso...).

También se tomaron medidas para acabar con la amenaza que suponían los desgastados que surgieron a raíz del FR, los terminales, como los llamaron los científicos. Las reacciones más virulentas fueron provocadas precisamente por estos desgraciados sin mollera.

Los primeros terminales fueron los reanimados el día FR a los que apenas les quedaba el cerebro justo para moverse y atender sus instintos más primarios. Eran poco más que masas babeantes de carne. Eso sí, cuando pillaban a un borre... esto, a una persona cerca, daban una muestra de energía sorprendente a la hora de hurgar en las entrañas del desgraciado.

Se repartieron folletos entre la población, advirtiendo de los riesgos que conllevaba toparse con un terminal. No solo podías morir devorado, bastaba con un mordisco para contraer una septicemia que de no ser atendido enseguida, era mortal en la mayoría de casos. Nueve de cada diez agredidos por un terminal acababan muriendo a causa de ese proceso infeccioso.

Más adelante, todavía se instaba a todo el mundo a que no bajara la guardia porque, a pesar de que todos los terminales que surgieron el día del FR estaban de vuelta en sus tumbas, siempre podía *saltar* uno donde menos se esperaba. Una manera sutil de advertirles que con el tiempo, cualquier reanimado acaba siendo un terminal.

Los reanimados tenemos nuestros propios abogados ahora, e incluso hemos conseguido que en lugar de eliminar a los terminales como si fueran perros rabiosos, se les interne en centros sanitarios especialmente creados para ellos. Sin embargo, cualquier borrego puede cargarse a uno de los nuestros y alegar haber actuado en defensa propia. Y a no ser que haya testigos declarando lo contrario, nunca pasa nada. Sabemos que, en ocasiones, se cepillan a reanimados que ni siquiera eran terminales, pero eso es difícil de demostrar.

De todas formas, ese 22 de agosto marcó el inicio de una era repleta de buenas intenciones y se hizo con un entusiasmo impresionante. Creo que todos queríamos olvidar lo que sucedió justo después del FR, olvidarlo como si no hubiera ocurrido.

La ONU, en coordinación con la OMS, la NASA y la OTAN, asignó fondos a un recién creado organismo que investigaría el Fenómeno Reanimación: el CIFR (Centro de Investigación del Fenómeno Reanimación). El organismo contó desde el principio con el liderazgo de las mayores autoridades mundiales en los campos de la Medicina, la Biología, la Astronomía, la Geología y no sé yo cuántas disciplinas más. Cada uno de los gobiernos que firmó los acuerdos alcanzados ese 22 de agosto, procedió a la asignación de fondos a sus correspondientes ministerios de sanidad para la creación de los Centros de Atención Médica Reanimado y Terminal (al final conocidos por todo el mundo como centros RT) en las principales ciudades. La idea era que los reanimados recibieran los cuidados adecuados a su condición física, aunque al final se convirtieron en simples centros de acogida de terminales. Los reanimados solo tenemos una enfermedad y para esa no hay cura, digan lo que digan.

Con la creación del CIFR se pretendía averiguar cómo y por qué los muertos habían retornado de sus tumbas. Por aquel entonces nadie tenía la menor idea de lo que podía haber provocado semejante suceso. Lo malo es que hoy por hoy, que ya han pasado un par de añitos, para mí que siguen más o menos igual;

mucha declaración de *estamos en el buen camino*, pero en lo que a resultados se refiere, nada de nada.

Sin embargo, los principios del CIFR fueron alentadores. Ya digo que solo tardaron un par de meses en localizar el Caso Cero. Y fue curioso porque todos esperaban que apareciera en algún país del Tercer Mundo, y si era en uno de esos que no caen demasiado bien entre las naciones del Primer Mundo, mejor que mejor. Pero no, el Caso Cero fue localizado en pleno Londres nada menos, y eso a los británicos les sentó como una patada en sus reales cojones. Pero las pruebas debían ser de peso, porque los súbditos de su Graciosa Majestad, tras unos burdos intentos de zafarse, aceptaron la evidencia y con su habitual flema, declararon que eso era ya agua pasada – *water under the bridge* –, y que ahora tocaba arrimar el hombro para que el mundo recuperara la normalidad lo antes posible. Pretendían que todo volviera a ser como antes del Fenómeno Reanimación: el fútbol, el té de las cinco, las pintas, el cambio de la guardia, la Commonwealth, *Dios Salve al Rey*... No tardaron en darse cuenta de que volver al pasado era algo poco menos que imposible con reanimados por todas partes.

Creo que el golpe de gracia a esa intentona de volver a los buenos y viejos tiempos lo dio un cartero de la ciudad de Windsor cuando declaró ante las cámaras de la BBC que se había cargado a una desgastada que se parecía muchísimo a la difunta reina madre. La Familia Real había mantenido en secreto lo de su reanimada real, pero al parecer se les escapó cuando entró en fase terminal.

La que se armó aún me da la risa, pero claro, yo soy un zeta y algo cabroncete, además.

Una visita

Miércoles

Tengo una cafetera en un rincón del despacho. De las buenas, ojo. Nada menos que una Pavoni, que no es cualquier cosa. Se la saqué a un cliente, dueño de un bar, que no tenía con qué pagarme, o eso decía el borrego. Quería que averiguara quién le robaba dinero de la caja y lo hice. El ladrón era su propio socio, *¡Mi mejor amigo!*, que además también se zumbaba a la mujer de mi cliente, *¡Maldito traidor!* Esta última información no se la cobré, me dio pena el pobre desgraciado, pero cuando le pasé la factura el tipo me dijo que no tenía con qué pagarme, que le habían arruinado y me ofreció la Pavoni. La verdad es que ya le había echado el ojo a la que exponían en el escaparate de una tienda especializada del centro y sabía lo que costaban las de uso doméstico. Y esa era profesional. Me hice de rogar para que incluyera unos cuantos kilos de café jamaicano Blue Mountain en el trato, y me fui tan contento a casa. Ahora, cada vez que quiero un café, solo tengo que dar dos pasos y hacérmelo.

El café no es mi único vicio; siempre tengo dos paquetes de Camel correteando sobre la mesa y una petaca llena de Jack Daniel's escondida en el primer cajón. El bourbon me sirve para darle sabor al café cuando llevo un día especialmente duro y si se pasa de duro, me enchufo directamente a la petaca y le doy sabor a la vida. No me falla... casi nunca.

Al lado de la cafetera, y junto a la puerta, hace guardia un perchero de pie, de los de madera, que me regaló un anticuario al que he hecho un par de favores. Mide dos metros y tiene unos brazos largos y enroscados como los cuernos de un carnero. El perchero, no el anticuario. Nunca he visto a nadie colgar algo en él, supongo que impone demasiado. Eso y que tengo siempre el aire acondicionado a tope, caluroso que es uno, y no hay quien se quite ropa de abrigo cuando pasa a mi nevera particular.

El único adorno que tengo en las paredes es un teléfono negro como un cuervo, a la derecha de mi mesa, y que pega unos timbrazos que despertarían a un muerto... Hay clientes que hasta sonrían cuando se lo comento.

Frente a mi mesa tengo dos sillas para las visitas. No son ni bonitas ni cómodas. La idea es que la gente vaya al grano y se deje de rodeos. Mi silla sí es cómoda, mullida y con reposabrazos por si acaso alguno de mis visitantes decide soltarme el rollo a pesar de todo.

Detrás de mi mesa hay una ventana con una hermosa vista a un callejón repleto de basura y ratas. Está siempre cerrada y tan llena de mugre que parece que tenga unas cortinas de diseño. Por eso la luz está encendida todo el día. Un triste aplique en el techo con una bombilla de bajo consumo. Bajo consumo porque no tiene casi potencia y da un resplandor mortecino. Me gusta la penumbra, recuerdos del pasado reciente, supongo.

Al otro lado de la puerta está el recibidor. Una sala cuadrada con cuatro sillas y una mesa baja llena de quemaduras de colillas. Hay revistas allí de hace meses. Nunca tengo tanta gente como para que alguien se ponga a leer esperando a ser recibido. Y en un rincón del recibidor, tras un diminuto y funcional escritorio encarado hacia la entrada, están los dominios de Matilde, Mati para sus amigos, si es que existen, y también para mí, que odio los nombres con más de dos sílabas.

Ella es mi secretaria, recepcionista, telefonista, recadera, etcétera. Sobre la mesa tiene una máquina de escribir que nunca la he visto

manejar, un cenicero repleto de colillas ahorcadas de carmín rojo sangre y tres o cuatro frascos de pintaúñas con los que se entretiene decorándose pies y manos.

No es particularmente guapa, es más bien menuda y de formas discretas. Pero también es resultona de una manera lánguida y misteriosa que a algunos tipos vuelve locos. Tiene fuerza en los ojos oscuros, parecen mirar siempre más allá de lo que ven los demás. No niego que a mí me gusta, no tanto como para tontear, pero sí para alguna que otra fantasía que no pienso contar aquí.

Apenas cuenta veintitrés años y está bastante sola. Su padre abusó de ella hasta que alguien se lo cargó una noche que se emborrachó más que de costumbre. Confundieron los andares y balbuceos del cabronazo con los de un desgastado. Su madre era puta y tras aquello, desapareció sin más. Mati no sabe nada de ella, aunque le han dicho que anda por el puerto chupándola por un par de pavos. A Mati le da igual, de hecho me comentó en una ocasión que si se la topaba de cara, le pegaba un tiro en la cabeza. Y es muy capaz. Lleva un hierro en el bolso, una jodida S&W modelo 29 con el cañón de cuatro pulgadas. Mati gasta munición Magnum con la que podría reventarle la cabeza a un gorila. Y sabe usarla, mirada perdida o no, la he visto practicar tiro al blanco y, amigo, no quisiera que me observara el ojo negro de su revólver, no señor.

Yo en el tema de armas soy algo más comedido y me conformo con una clásica: la Iver Johnson del 32.

Supongo que con la vida que ha llevado, es la propia Mati la que ha elegido ser una solitaria. Va de casa al trabajo y del trabajo a casa. Sale poco, dice que le gusta leer y ver la tele. No tiene a nadie. Bueno, me tiene a mí. Aunque creo que simplemente me tolera porque le doy trabajo y también, porque nunca he intentado sobrepasarme en ningún sentido. Por otra parte me va bien con ella, filtra las llamadas, tiene un don especial para saber lo que me conviene, y le importa una mierda que yo sea un zeta. Lo malo es que tengo la

sospecha de que si fuera una cucaracha gigante y le hablara cantando, tampoco le importaría con tal de que la dejara ir a lo suyo y le pagara todos los meses. O quizás me equivoque, porque en ocasiones me da la sensación de que sí me tiene afecto, como el que se le tiene a un perro que uno encuentra en la calle todos los días. Uno al que nunca invitarías a casa, pero acaricias de vez en cuando.

A veces creo que pensar tanto en Mati es una mala costumbre.

Esa mañana tamborileó con las uñas sobre el cristal de mi puerta y sin esperar respuesta, la abrió asomando la cabeza.

— Tiene visita, Sr. Stone — dijo muy formal y luego levantó los ojos al cielo.

¡Mierda!, me dije a mí mismo al ver el gesto. Ocurría a veces que ella no tenía más remedio que pasarme a los clientes, porque se presentaban directamente en el despacho en lugar de llamar antes por teléfono. Cuando Mati levantaba los ojos al cielo, era porque tocaba plasta. Ya me habían caído unos cuantos involuntarios: estuvo el tipo al que molestaba el perro del vecino.

— Se pasa el día gimoteando y cagándose en mi jardín.

— ¿Y qué quiere que haga yo?

— Pensé que ustedes comían... No quiero decir que... Bastaría con que le advirtiera... Bueno, yo...

Le dije lo que pensaba de su madre por no haberlo ahogado al nacer y luego lo eché del despacho a patadas.

O el adolescente, con la jeta llena de granos, al que su novia hacía esperar más de dos horas en cada cita.

— ¿Puede averiguar qué hace? Creo que me engaña. Le pagaré bien — añadió, mostrándome un montoncillo de billetes arrugados de un pavo junto a la foto de una chica con tantos granos como él y un aparato en los dientes que parecía un bozal.

— ¡Vaya! No sabría qué hacer con tanto dinero — le dije abriendo mucho los ojos —. Pero creo que no hará falta, hijo, estoy seguro de que tu novia necesita ese tiempo para acicalarse, y si le dieras algunas horas más, no le vendría mal. Anda, vete a casa

y si te aburres esperándola, hazte unas pajillas que eso siempre relaja y entretiene bastante.

Luego estuvo lo del capullo que quería que su hija dejara de tontear con un zeta.

—No soporto pensar que mi hija anda sobándose con un asqueroso engendro salido del...

Me limité a mirarle fijamente sin decir nada hasta que el tipo se levantó y prácticamente salió corriendo del despacho.

A veces me he reído a gusto, pero la mayoría de plastas hace honor a su nombre y son soporíferos.

Encogí los hombros, resignado, y le indiqué a Mati que hiciera pasar a mi visita.

Al oír que se volvía a abrir la puerta, simulé estar revisando unos papeles con la idea de librarme lo antes posible del plasta, cuando una voz suave pronunció mi nombre. Levanté la mirada componiendo un gesto de fastidio y topé con la hembra más fascinante que jamás había visto en mi vida. Seguro que de no ser un zeta, habría muerto de un infarto fulminante y con una enorme y abultada... sonrisa en los labios.

Eleanor Rigby y la gente solitaria

Juan de Dios G. contaba sesenta y tres años y tenía la cabeza puesta en la jubilación. En todos sus años de sepulturero jamás le había ocurrido nada igual.

—¡No se mueva! ¡Voy a llamar a emergencias!

Cuando le rogué que no lo hiciera, que lo único que quería era llegar a casa, me pidió que me estuviera quieto mientras echaba un vistazo a ver si tenía alguna lesión grave.

—Fui celador en el Clínico, un hospital, antes de esto, ¿sabe? Puedo al menos controlar que no está a punto de darle un ataque o algo por el estilo. Lo he visto hacer cientos de veces, no es complicado —me contó mientras me tomaba el pulso—. Había demasiado jaleo en el hospital, prefiero esto... —Su voz se perdió en balbuceos cuando comprobó que no había pulso que encontrar. Tampoco pareció alegrarle demasiado comprobar que yo no respiraba. Me miró a los ojos y no sé qué vería, pero echó a correr con una agilidad impropia de su edad. No he vuelto a verle. Yo decidí marcharme a casa. Fue una mala idea, aunque eso ya es historia.

La Señora Eleanor Rigby, de setenta y ocho años, viuda desde hacía dieciocho y sin hijos ni parientes conocidos, fue hallada muerta en el dormitorio de su domicilio, situado en la calle Penny de la ciudad de Londres, el pasado día 5 de agosto. Al domicilio de la citada, acudieron dos agentes de policía alertados por el párroco de la iglesia de Santa María Magdalena.

El padre McKenzie llamó al 999 preocupado por la ausencia de la anciana, que llevaba una semana sin acudir a los oficios religiosos matinales a los que no había faltado en los últimos veinte años.

(Extracto del informe presentado en comisaría por los agentes Harrison y Starkey).

—Era prácticamente la única que venía —declaró el párroco, un hombretón de sesenta años, rostro afable y modales suaves, al periodista de sucesos locales del *Daily Telegraph*—. Difícil no echarla de menos, era una buena mujer.

—¿Podría añadir algo más? Para la necrológica, padre, algo que dé interés a la noticia.

—Era una buena mujer —repitió el religioso pasándose la mano por el escaso cabello blanco que le quedaba y entrando en la iglesia. El periodista, Sam Ledger, hubiera jurado que los ojos claros del cura se habían humedecido, pero lo olvidó enseguida, contaba con otras preocupaciones. Lo averiguado no daba ni para dos líneas en la penúltima página del diario. Resolvió olvidar a la vieja que había muerto y acercarse a comisaría a ver si pillaba algún caso escabroso con el que contentar a Patrick Murphy, Jefe de Local del *Telegraph*.

Más adelante, Sam quiso escribir un artículo sobre su “especial relación” con Eleanor Rigby y el padre McKenzie, pero ya sería tarde. El infierno se había desatado, los casos de reanimados se multiplicaban por todo el mundo y ya nadie leía la prensa. Por otra parte, a su jefe, Patrick Murphy, lo tiroteó un chalado que afirmaba que Murphy era el mismísimo Satanás. Ese suceso hubiera sido noticia de portada de no haberse producido el FR.

En lo que a Eleanor Rigby se refiere, el mismo día en que Sam Ledger entrevistó al padre McKenzie, se le practicaron las diligencias pertinentes, dictaminándose que la buena mujer falleció debido a un ataque al corazón y que llevaba dos días muerta cuando la encontraron.

En su testamento, la fallecida dispuso que su hogar, con todo el contenido, pasara a ser propiedad de la Sociedad Protectora de Animales con la condición *sine qua non*, de que se hicieran cargo de sus siete gatos. Desafortunadamente, los felinos encerrados en el salón de la casa sufrieron un extraño acceso de agresividad atacándose unos a otros y, al final, no hubo ninguno del que hacerse cargo. La herencia de la anciana quedó en suspenso y al cabo del tiempo, cuando la señora Rigby recibió la consideración de Caso Cero, la sucursal británica del CIFR se hizo cargo de la casa. Prácticamente, la demolieron en busca de pruebas que ofrecieran alguna pista o explicación de todo lo ocurrido. En vano.

La señora Rigby recibió sepelio el mismo día cinco, en el cementerio de la propia parroquia de Santa María Magdalena. En un acto oficiado por el padre McKenzie, y al que acudió el agente Starkey –uno de los policías que la habían encontrado– y el propio sepulturero, que derramó un par de lágrimas fruto de la cogorza de ginebra que se había cogido de buena mañana y que había mantenido activa con unas cuantas pintas de cerveza negra.

Dos días más tarde, el 7 de agosto, al padre McKenzie le reventó el corazón a causa del impacto que le produjo encontrarse a la señora Rigby, prácticamente desnuda y con evidentes síntomas de descomposición, persiguiendo a la señora de la limpieza, Janet Simmons, por el interior de la iglesia. Lamentablemente, las escasas capacidades mentales de la difunta reanimada (era lo que posteriormente se conocería como un caso terminal), la llevaron a alimentarse del pobre párroco caído ahí mismo. No fue un espectáculo agradable el que se encontró la policía, avisada por la misma Janet Simmons. No hubo forma de controlar a la terminal hasta que repentinamente se sumió en una especie de letargo del que ya no se recuperaría. En esa ocasión no la enterraron. Acabó sobre una mesa de autopsias, y cuando ya no hubo más que hacer con ella, y el Fenómeno Reanimación se había convertido en un hecho a escala mundial, acabó en un crematorio.

Al principio la gente temió que el FR fuera algún tipo de contagio y se incineraban los cuerpos de los reanimados. Más adelante, muchos miembros de la comunidad científica lamentaron no poder estudiar más a fondo los restos de la señora Rigby, aunque dudo que hubieran sacado algo en limpio.

Ya nadie duda de que el siete de agosto hubo algún tipo de fenómeno extraordinario, no se sabe si físico, químico o biológico, y que este se propagó a una velocidad infernal. Y lo más desconcertante: solo afectaba a los muertos. Pero qué era o cómo se originó o por qué se detuvo, son preguntas todavía sin respuestas. La cuestión es que el Fenómeno Reanimación provocó que en cuestión de días el caos dominara el planeta en su totalidad.

El conocido como el Caso Cero y otros similares, con ataques bastante sangrientos por parte de terminales, fueron los que ocasionaron las matanzas masivas de reanimados. Casi todo el mundo había visto alguna película de zombis y se asumió que éramos todos unos descerebrados devoradores de seres humanos y, por lo tanto, un peligro mortal para cualquiera.

También es cierto que en muchos casos se desatendieron los intentos por parte de los reanimados de comunicarse y es que, creo que ya lo he dicho un par de veces, patear un zeta es divertido, más que intentar entablar una conversación con un muerto que, además, apesta.

(El tema del olor es algo delicado. También es uno de los motivos por los que prefiero el frío al calor).

Aunque sea un misterio lo que desató el Fenómeno, los británicos, disconformes con que el Caso Cero se hubiera dado en pleno Londres, intentaron colar un bulo que alejara la fuente del contagio del Reino Unido. Se publicó en el *Sun* un artículo apuntando a la posibilidad de que la señora Rigby se hubiera infectado en un viaje que hizo a Egipto treinta años atrás. Durante ese viaje, sufrió un pequeño incidente en la pirámide de Giza, al caer dentro de una cámara vacía que nadie había advertido. Sugirieron que la atmósfera malsana de esa cámara

podría ser el origen de todo. Incluso quisieron reforzar sus argumentos haciendo alusiones a las desgracias acaecidas a los profanadores — ¡sí, les llamaron profanadores! — que irrumpieron en la tumba de Tutankhamon a principios del siglo XX...

Se escribió mucho en toda la prensa mundial en respuesta al artículo del *Sun*. Lo más suave que se les dijo a sus autores fue *hijos de la Gran Bretaña*.

Ya digo que me acuerdo bastante de Eleanor y también del padre McKenzie, y se lo echo en cara a Dios. Eran buena gente, solitarios sin más aspiraciones que llevar una vida tranquila y morir en paz.

Me jode que acabaran así, me pone de mala leche.

Supongo que soy un sentimental.